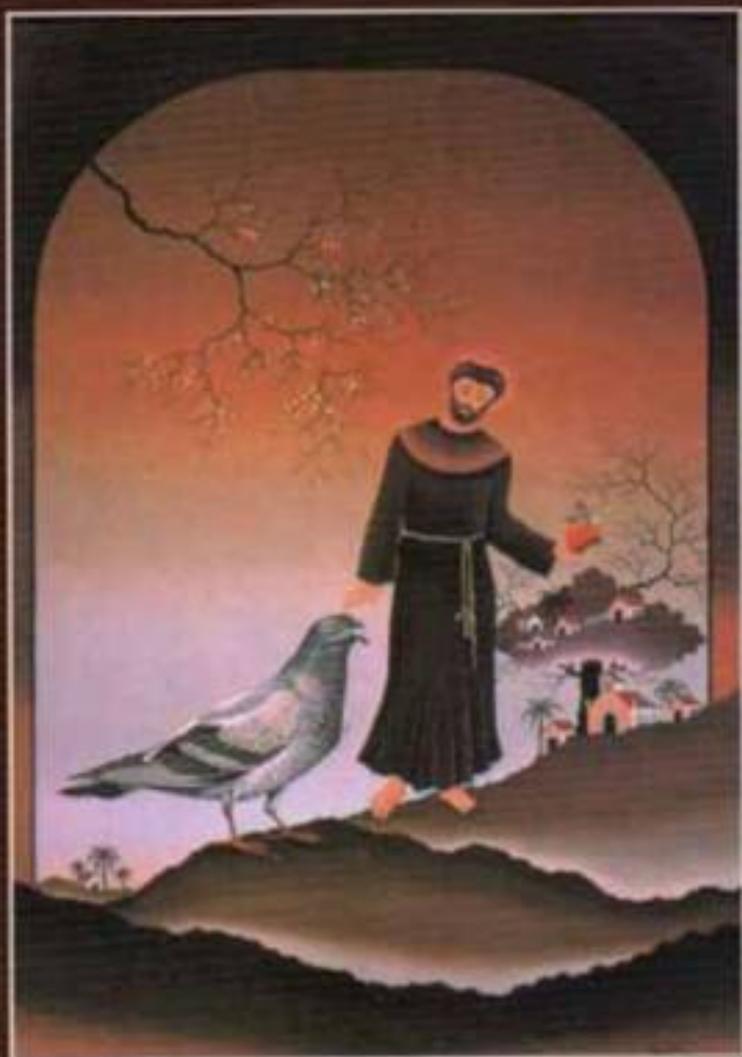


NIKOS KAZANTZAKIS

EL POBRE DE ASÍS



En «El pobre de Asís», la última obra que escribió Kazantzakis antes de su muerte, se recrea la vida de San Francisco de Asís a través del relato del hermano León, un compañero en su recorrido por los caminos de la tierra.

Gracias a él asistimos al peregrinaje de San Francisco, de monasterio en monasterio, de aldea en aldea, de desierto en desierto, en busca de Dios.

Francisco libra una terrible batalla entre la santidad y la humanidad, de la que saldrá victorioso gracias al espíritu, gracias al amor. «Sólo existe un amor, siempre el mismo, sea cual fuere su objeto: una mujer, un hijo, una madre, la patria, una idea, Dios».

Al doctor
ALBERT SCHWEITZER,
el San Francisco de Asís de nuestro tiempo.
N. K.

PRÓLOGO

¿RECUERDAS, padre Francisco, a este indigno que hoy toma la pluma para escribir tus hechos y tus gestos?

Yo era un mendigo humilde y feo el día de nuestro primer encuentro. Humilde y feo, hirsuto el pelo de la nuca a las cejas, cubierto el rostro de barba, temerosa la mirada. En vez de hablar, balaba como un cordero. Y tú, para burlarte de mi fealdad y mi humildad, me apodaste hermano León. Pero cuando te conté mi vida, te echaste a llorar y me dijiste, atrayéndome a tus brazos:

—Perdona que me haya burlado de ti llamándote León; porque ahora veo que eres un verdadero león, y lo que persigues sólo un león verdadero podría perseguirlo.

Yo iba de monasterio en monasterio, de aldea en aldea, de desierto en desierto, en busca de Dios. No me casé, no tuve hijos porque buscaba a Dios. Olvidé comer el mendrugo de pan y el puñado de aceitunas que me daban porque iba en busca de Dios.

Tenía seca la garganta a fuerza de pedir, hinchados los pies a fuerza de caminar. Me cansé de llamar a las puertas para mendigar, primero mi pan, después una palabra de bondad, al fin la salvación. Todo el mundo se burlaba de mí y me llamaba simple de espíritu. Me zarandeaban, me expulsaban, ya no podía más. Aprendí a blasfemar. Después de todo, soy un hombre; estaba cansado de caminar, de tener hambre y frío, de llamar a las puertas del cielo sin recibir nunca respuesta. Una noche, en el colmo de la desespe-

ración, Dios me tomó de la mano. Padre Francisco, también a ti te había tomado de la mano, y así nos encontramos.

Y ahora, sentado ante el ventanuco de mi celda, miro las nubes primaverales. En el patio del claustro, el cielo está bajo; llueve suavemente; la tierra huele bien. Los limoneros están floridos, a lo lejos canta un cuclillo. Todas las flores ríen, porque Dios se ha hecho lluvia y llueve sobre el mundo. ¡Qué dulzura, Señor, qué felicidad! ¡Cómo se confunden la lluvia y la tierra, el olor del estiércol y el del limonero, con el corazón del hombre! En verdad, el hombre es de tierra y por eso se regocija tanto como ella con esa tranquila y acariciadora lluvia de primavera. El agua del cielo riega mi corazón que se hiende para que crezca en él un retoño y surjas tú, padre Francisco.

Padre Francisco, en mí florece la tierra toda, ascienden los recuerdos, la rueda del tiempo se mueve hacia atrás y así resucitan las horas santas en que recorriamos juntos los caminos de la tierra, tú al frente y yo pisando tus huellas, en el terror. ¿Recuerdas nuestro primer encuentro? Fue una noche de agosto. Acababa de llegar a Asís, la famosa. Había luna llena, el hambre me hacía vacilar... Muchas veces —a Dios se lo agradezco— había gozado de la noble ciudad, pero esa noche me pareció diferente, irreconocible. Casas, iglesias, torreones, ciudadela, bogaban bajo un cielo malva, en medio de un mar de leche.

Cuando entré, hacia el crepúsculo, por la nueva puerta de San Pedro, una luna perfectamente redonda se levantaba, roja, pacífica como un sol amable, y difundía su luz en cascadas silenciosas desde la fortificación de la Rocca hasta los techados de las casas y los campanarios, transformando las callejas en arroyos y haciendo desbordar de leche los zanjones. Los rostros de los hombres resplandecían, como iluminados por el pensamiento de Dios. Transportado, me detuve e hice la señal de la cruz, preguntándome si era ésa, en verdad, la ciudad de Asís, la ciudad de las casas, los

campanarios y los hombres, o si había entrado, antes de morir, en el Paraíso.

Tendí las manos: se llenaron de luna, una luna compacta y dulce como la miel. Sentí sobre los labios y las sienes la gracia de Dios que fluía. Entonces comprendí:

«Un santo ha pasado por aquí, —exclamé—, estoy seguro, respiro su olor en el aire».

Subí por callejas estrechas y tortuosas, chapoteando en el claro de luna, hasta la plaza de San Justo. Era un sábado, había allí mucha gente, se oían voces cascadas, canciones, aires de mandolina. El olor mareante de los pescados que se freían, el de la carne que se asaba sobre las brasas se mezclaban con los perfumes del jazmín y de las rosas. El hambre me atormentaba las entrañas. Me acerqué a un grupo.

—Buenas gentes —les dije—, ¿habría alguien aquí, en Asís, la famosa, que pudiera darme limosna? Tengo hambre y sueño, pero no he de quedarme: mañana partiré.

Me observaron de la cabeza a los pies y empezaron a burlarse:

—¿Y quién eres tú, hermoso joven? Acércate un poco, que te admiremos...

—Quizá sea Cristo —dije entonces para asustarles—. A veces desciende a la tierra con figura de mendigo.

—Un buen consejo, desdichado: no se te ocurra repetir lo que acabas de decir. No juegues al aguafiestas, sigue bien tu camino. ¡Si no, cuantos estamos aquí te atraparemos y te crucificaremos!

Se echaron de nuevo a reír. Sin embargo, el más joven de ellos se compadeció de mí:

—Acude a Francisco, el que llaman «cesta agujereada», el hijo de Pedro Bernardone. Él sí te dará limosna. Tienes suerte. Ayer mismo volvió de Spoleto. Sólo debes ir en su busca.

Entonces intervino un mocetón con cara de rata y tez olivácea. Se llamaba Sabbatino. Años después volvimos a

encontrarnos, cuando también él se hizo compañero de Francisco: juntos, descalzos, recorrimos muchas veces los caminos de la tierra. Esa noche, al oír el nombre de Francisco, se puso a cloquear malignamente:

—Se marchó a Spoleto, empenachado y pimpante en su coraza de oro. Fue para cubrirse de gloria, hacerse armar caballero y volver en seguida para pavonearse ante nosotros, como un gallo. Pero Dios es justo: le hirió en plena frente y nuestro valiente regresó a su casa no como un gallo, sino como un polluelo desplumado.

Dio un salto y batiendo las palmas agregó con una risa estúpida:

—¡Si hasta han hecho una canción sobre él! ¡Vamos! ¡Todos en coro!

Se pusieron a cantar a grito pelado, llevando el compás con palmadas:

*A Spoleto se marchó
en busca de su armadura;
de Spoleto regresó
tal como lo hizo natura...*

La vista de la carne y el vino me hizo desfallecer; tuve que apoyarme contra la puerta.

—¿Dónde está ese Francisco cesta agujereada, a quien Dios guarde? ¿Dónde está? —les pregunté en un soplo.

—En el barrio alto —contestó el más joven—. Le encontrarás cantando bajo la ventana de su bella.

Me puse en camino, subiendo y bajando las callejas. El hambre me atenazaba. Las chimeneas humeaban, yo aspiraba esos olores y sentía mis entrañas colgantes y secas como un racimo saqueado por los pájaros. Extenuado, me puse a blasfemar:

«¡Ah! —exclamé, lleno de rabia el corazón—. ¡Si no buscara a Dios, qué buena vida podría llevar! Me tragaría mis buenas rebanadas de pan blanco, mis succulentos pedazos

de cerdo al horno, que me gusta tanto, o liebre en aceite, con cebollitas, laurel y comino, y me zamparía un pellejo de vino tinto de Umbría para refrescarme la garganta. Después iría a entibiarme en los brazos de una viuda, porque tengo oído que no hay calor más suave que el de una viuda. ¡Mejor que un brasero!».

Caminaba rápidamente, para tener menos frío, corría para escapar a la tentación de la carne asada y las viudas... Así llegué a las alturas de la ciudadela, la célebre Rocca. Las altivas murallas estaban en ruinas, las puertas calcinadas. Sólo dos torres agrietadas subsistían, y ya la hierba silvestre crecía en los intersticios de las piedras. Pocos años antes, el pueblo se había sublevado. Sin poder soportar ya la tiranía de los señores, se había lanzado contra ese nido de gavilanes para saquearlo. Yo quería recorrerlo para alegrarme hasta hartarme de la desgracia de los grandes. ¡Ellos habían bebido bien, habían comido bien! ¡Ahora nos tocaba a nosotros! Pero soplaban un viento glacial y tenía frío. De modo que bajé a la carrera.

En las casas, las luces se habían apagado y todo el mundo roncaba después de la pitanza. Esos pingües burgueses habían encontrado en la tierra a un Dios conforme a sus deseos, a la talla del Hombre, que no prohibía ni las mujeres, ni los niños, ni la buena vida; mientras que yo, imbécil de mí, recorría las calles de Asís implorando al cielo, descalzo, famélico, castañeteando los dientes. Blasfemaba y rezaba sucesivamente para calentarme cuando..., hacia medianoche, cerca de la iglesia del obispado, oí sonar guitarras y laúdes. Me acerqué de puntillas y me oculté en un pórtico frente a la casa del conde Scifi. Vi entonces a cinco o seis adolescentes que daban una serenata. Uno de ellos, de baja estatura, una gran pluma en el sombrero, tenso el cuello, fija la mirada en una ventana con rejas, cruzados los brazos sobre el pecho, cantaba... Los demás, evidentemente bajo el hechizo de su voz, le acompañaban con sus instrumentos. ¡Qué voz, Dios mío, qué dulzura, qué pasión! Mandato

y rezo a la vez. No recuerdo ya las palabras de su canción para transcribirlas aquí, pero sé que hablaban de una blanca paloma perseguida por un gavián y de un joven que llamaba a la paloma ofreciéndole el refugio de su pecho. Cantaba en voz baja, como temiendo despertar a la muchacha que debía de dormir tras la ventana enrejada. El espectáculo me conmovió y los ojos se me llenaron de lágrimas. ¿Cuándo, dónde había oído yo esa voz, esa dulzura en el mandato y la plegaria? ¿Cuándo, dónde había oído yo esa llamada? La paloma que gritaba de terror, el gavián que la perseguía con chillidos penetrantes y, muy lejana, la voz de la Salvación...

Los jóvenes se colgaron en bandolera las guitarras y, disponiéndose a partir, se dirigieron al que había cantado:

—¡Eh, Francisco! ¿Qué esperas? ¡No ha llegado el momento de que la princesita abra su ventana para arrojarte la rosa!

Pero el cantante no respondió y se volvió hacia la plaza desde la cual subían los cantos de las tabernas, todavía aún abiertas.

Fue entonces cuando, en el temor de perderlo, me precipité hacia él. Porque súbitamente lo había sentido: la paloma no era otra que mi alma, y el gavián era el diablo, y ese joven, el pecho en que debía encontrar mi refugio. Su cuerpo exhalaba un olor de miel, de cera, de rosa. Comprendí; era el olor de la santidad, ese mismo olor que sube de las reliquias de un santo cuando se abre su relicario de plata. Me quité la capa acibillada de agujeros y cubrí con ella la tierra para que Francisco la pisara. Se volvió, me miró y sonrió:

—¿Por qué? —preguntó en voz baja.

—No lo sé, mi joven señor. Por sí sola, la capa ha abandonado mis hombros y se ha tendido en el suelo, bajo tus pies.

Su sonrisa se extinguió. Suspiró y, después de una ligera vacilación, se inclinó hacia mí, turbado:

—¿Has visto alguna señal en el aire?

—No lo sé, mi joven señor. Todo es señal: mi nombre, este claro de luna, tu voz... Si continúas preguntándome, estallaré en sollozos.

Entonces repitió en un susurro:

—Todo es señal, —y miró a su alrededor con inquietud.

Después tendió la mano hacia mí y movió los labios, como si todavía hubiese querido interrogarme, pero pareció no resolverse. Dio un paso hacia mí y me incliné para escuchar lo que iba a decirme. Entonces sentí su aliento vinoso en mi cara.

—Nada... —dijo irritado—. No me mires así. No tengo nada que decirte.

Apretó el paso.

—Ven conmigo.

Le seguí. Llevaba vestido de seda, una larga pluma roja adornaba su toca de terciopelo y un clavel florecía en su oreja.

«Éste es uno que no busca a Dios —pensé—; su alma está hundida en su carne».

De pronto le tuve lástima. Le toqué el codo.

—Perdóname, mi joven señor, pero quisiera hacerte una pregunta. Tú comes, bebes, te vistes de seda, cantas bajo las ventanas... en fin, tu vida es una verdadera fiesta... Pero ¿no te falta algo?

El joven se volvió bruscamente.

—¡Nada me falta! —respondió, irritado—. ¿Por qué me preguntas eso? No me gusta que me interroguen.

Sentí un nudo en la garganta.

—Porque tengo lástima de ti, mi joven señor.

Alzó orgullosamente la cabeza:

—¡Lástima de mí! —dijo, echándose a reír—. ¿Tú?

Después, bajando el tono:

—¿Por qué tienes lástima de mí? —preguntó con voz anhelante.

Se inclinó y me miró en los ojos.

—¿Quién eres bajo tus harapos de mendigo? ¿Quién?
—Después, alzando nuevamente la voz—: ¡Habla! ¡Di la verdad! ¿Alguien te ha enviado? ¿Quién? —Y al no recibir respuesta—: ¡No me falta nada! —gritó, golpeando el suelo con el pie—. No quiero que me compadezcan. Quiero que me envidien. ¡No! ¡No me falta nada! —Bajó la cabeza y calló. Después de una pausa breve, dijo—: El cielo está demasiado alto, no puedo alcanzarlo. La tierra es buena y hermosa. Y está muy cerca, además...

—Nada está más cerca de nosotros que el cielo. La tierra está bajo nuestros pies y caminamos sobre ella, pero el cielo está en nosotros.

Hacíanse raras las estrellas, declinaba la luna, de los barrios alejados llegaban serenatas apasionadas. El aire de esa noche estaba cargado de perfumes, de amor. Abajo, la plaza bullía.

—Sí el cielo está en nosotros, mi joven señor —repetí.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó con inquietud.

—He tenido hambre, he sufrido.

Me tomó del brazo.

—Ven a mi casa. Comerás y dormirás, pero no vuelvas a hablarme del cielo. ¡Basta ya por hoy!

Los ojos le brillaban de cólera y tenía la voz ronca.

En torno a la plaza del mercado las tabernas retumbaban de gritos. Una linterna roja ardía frente a una vieja barraca en la que entraban jóvenes borrachos. De las aldeas vecinas ya llegaban mulos cargados de legumbres y frutos. Dos saltimbanquis plantaban estacas, tendían cuerdas. En todas partes se disponían mesas y se alineaban botellas de vino, de aguardiente y de ron. Eran los preparativos para el mercado del día siguiente, el domingo.

Dos borrachos advirtieron a Francisco en la luz de la luna y rieron sin poder contenerse. Uno de ellos tomó la guitarra que llevaba en bandolera y empezó a cantar, mirándolo con aire burlón:

*Haces tan alto tu nido
que la rama cederá,
el pájaro volará
y te habrás entristecido.*

Con la cabeza baja, Francisco escuchaba inmóvil:

—Tiene razón —murmuró—, tiene toda la razón...

Debí callar, pero torpe como soy, no pude retener mi lengua:

—¿Qué pájaro?

Francisco me miró. Había en su rostro tal dulzura que, abandonándome a mi impulso, le tomé la mano y se la besé:

—¡Perdóname!

Entonces pareció serenarse.

—¿Qué pájaro? —susurró—. ¿Lo sé yo mismo, acaso?

Suspiró profundamente.

—No lo sé —gimió—, no lo sé. ¡Ven, no me hagas preguntas!

Me tomó firmemente de la mano, como temiendo verme escapar. ¿Escaparme yo? ¿Y para ir adónde? Desde ese momento, nunca lo dejé.

¿Eras tú, entonces, padre Francisco, aquél a quien buscaba desde hacía tantos años? ¿He nacido únicamente para servirte? Lo que me dijiste, a nadie lo has dicho. Me tomaste de la mano y mientras atravesábamos los bosques y franqueábamos las montañas, hablaste... Y yo aguzaba el oído y te escuchaba, sin pronunciar palabra.

—Si no te tuviera a ti, hermano León —me decías—, hablaría a las piedras, a las hormigas, a las hojas del olivo... Tengo el corazón demasiado lleno; si no lo abro, estallará.

Así supe sobre ti más cosas que nadie en el mundo. Cometiste más pecados de los que nadie imaginaría; hiciste más milagros de los que nadie creería. Desde el fondo mismo del Infierno tomaste impulso para remontarte hasta el Cielo.

Me lo decías a menudo:

—«Cuanto más bajo sea tu punto de partida, más alta será tu elevación. El mayor mérito del cristiano militante no consiste en su virtud, sino en el combate que libra para transmutar en virtud su impudor, su cobardía, su incredulidad, su malicia. Un día, un glorioso arcángel irá a situarse a la diestra de Dios: no será Miguel, ni Gabriel, será Lucifer, que por fin habrá transmutado su horrible negrura en luz».

Yo lo escuchaba boquiabierto.

«¡Qué dulces de oír son esas palabras! —pensaba—. ¿De modo que también el pecado puede convertirse en el sendero que nos lleva a Dios? ¿De modo que el pecador también puede esperar la salvación?».

¿Y tu amor por Clara, la hija del noble Favorini Scifi? Soy el único que lo sabe. Las gentes, con su espíritu timorato, creen que sólo amabas su alma. Pero tú amabas su cuerpo, ante todo. Partiste de ese amor y por un camino lleno de tentaciones y trampas, después de una larga lucha, llegaste, con el auxilio de Dios, hasta el alma de Clara. Y amaste esa alma sin renunciar nunca a ese cuerpo, pero sin tocarlo nunca. Lejos de ser obstáculo, ese amor carnal te llevó a Dios, ya que te permitió conocer un gran secreto: las vías y la pugna mediante las cuales la carne se hace espíritu. Sólo existe un amor, siempre el mismo, sea cual fuere su objeto: una mujer, un hijo, una madre, la patria, una idea, Dios. Obtener una victoria, siquiera en la etapa más baja del amor, es abrir el camino que lleva al cielo. Tú combatiste la carne, la amasaste con tus lágrimas y tu sangre, y al cabo de una larga y terrible batalla en que fue inexorablemente vencida, la hiciste espíritu. Del mismo modo hiciste espíritu todas tus virtudes, que también eran carne y otras tantas Claras: llorando, riendo, desgarrándote. Es el camino, el único; no hay otro. Tú lo comprendiste y yo me sofocaba siguiéndote.

Un día te pusiste en pie, gimiendo, entre las piedras manchadas con tu sangre; tu cuerpo no era sino una llaga.

Me precipité hacia ti, desgarrado el corazón de piedad, y me abracé a tus rodillas gritando:

—Hermano Francisco, ¿por qué atormentas tu cuerpo? Es una criatura de Dios y debes respetarlo. ¿No tienes lástima de la sangre que se derrama?

—Hoy, en el punto a que ha llegado la humanidad —me respondiste sacudiendo la cabeza—, el virtuoso debe poseer la virtud hasta la santidad y el pecador ha de pecar hasta la bestialidad. Hoy no existen términos medios.

Otra vez, mirando con desesperación la tierra que quería perderte y el cielo que te rehusaba su auxilio, me dijiste, y aún me estremezco:

—Hermano León, escucha bien. He de decirte algo muy grave. Si es demasiado pesado para ti, corderillo de Dios, olvídale. ¿Me escuchas?

—Te escucho, padre Francisco.

Yo temblaba de pies a cabeza. Entonces, poniéndome la mano sobre el hombro como para impedir que cayera, me dijiste:

—Hermano León, el verdadero santo es el que ha renunciado a todos los goces de la tierra... y a todos los goces del cielo.

Pero no bien salieron de tus labios estas palabras impías, tuviste miedo y, recogiendo un puñado de tierra, te llenaste con él la boca.

Después me miraste, horrorizado:

—¿Qué he dicho? ¿He hablado? ¡No... cállate!

Y estallaste en sollozos.

Cada noche, a la luz de la lámpara, yo anotaba escrupulosamente todas tus palabras para que no se perdieran. Y también tus hechos. Me decía que una sola de tus palabras podía salvar un alma y que si no la entregaba a los hombres, esa alma perdería su salvación por mi culpa.

Muchas veces tomé la pluma para escribir, pero renunciaba lleno de temor. Sí, y que Dios me perdone: las letras del alfabeto me aterrorizaban. Son genios malos, astutos,

impúdicos, pérfidos. Cuando se abre la escribanía para librarlos, huyen desatados, indomables. Se animan, se unen, se separan, se alinean a su antojo sobre el papel, negros, con sus colas y sus cuerpos. Y es inútil llamarlos al orden y suplicarles; todo hacen según les place. Así, en su enloquecida zarabanda, destacan socarronamente lo que queríamos ocultar y, al revés, se niegan a expresar lo que, en lo más hondo de nuestro corazón, lucha para salir y hablar a los hombres.

Un domingo, saliendo de la iglesia, sentí que mi temor desaparecía.

«¿Acaso Dios no sujetó a esos genios perversos, mal de su grado, para escribir el Evangelio? —me dije—. ¡Entonces, coraje, alma mía, no tengas miedo! ¡Toma la pluma y escribe!».

Pero también esa vez mi página permaneció en blanco. Los que escribieron el Evangelio eran apóstoles. Uno tenía al Ángel, otro al León, el tercero al Buey y el cuarto al Águila para dictarles lo que debían escribir. Pero yo...

Fue así como durante años, sin poder decidirme, transportaba tus palabras, transcritas fielmente, una a una, a pellejos de animales, trozos de papel y de corteza.

«¿Cuándo llegará el momento —me decía—, en que la vejez me tornará incapaz de correr por el mundo? Entonces me retiraré a un convento para que Dios me dé fuerzas, en la calma de mi celda, a fin de poner sobre el papel, como en la leyenda, tus palabras y tus obras. Para la salvación del mundo, padre Francisco».

Estaba impaciente. Veía las palabras cobrar vida y agitarse sobre las pieles, los trozos de papel y las cortezas. E imaginaba a Francisco errante, sin techo, agotado, la mano tendida como un mendigo. Lo veía deslizarse en el patio del convento —era el único que lo veía— y entrar en mi celda.

Anteayer, todavía durante el crepúsculo, soplabla el viento del norte, hacía frío y yo había encendido mi hornillo